



León Tolstói (1828-1910)

Querido hermano:

Este calificativo me parece el más conveniente porque, en esta carta, me dirijo menos al emperador y al hombre, que al hermano. Y, además, os escribo casi desde el otro mundo, encontrándome en espera de una muerte muy próxima (...)

Una tercera parte de Rusia está sometida a una continua vigilancia policíaca; el ejército de policías conocidos y secretos aumenta sin cesar; las prisiones, los lugares de deportación y los calabozos están repletos; aparte de doscientos mil criminales de derecho común, hay un número considerable de condenados políticos entre los cuales existen ahora multitud de obreros. La censura con sus medidas represivas ha llegado hasta un grado tal que no alcanzó en los peores momentos de los años que siguieron al de 1840. Las persecuciones religiosas no fueron nunca tan frecuentes ni tan crueles como lo son ahora, y cada vez van siendo más frecuentes y más crueles.

En las ciudades y en los centros industriales se han concentrado las tropas, que armadas de fusiles se han enviado contra el pueblo. En algunos puntos ya se han producido choques y matanzas y en otros puntos se preparan, y su crueldad aun será mayor.

El resultado de toda esta actividad cruel del gobierno, es que el pueblo agricultor, los cien millones de hombres sobre los cuales está fundada la potencia de Rusia, a pesar de los gastos del Estado que crecen considerablemente, o mejor dicho gracias a este crecimiento del presupuesto, se empobrecen de año en año, de manera que el hambre ha llegado a ser el estado normal, como igualmente el descontento de todas las clases y su hostilidad para el gobierno.

La autocracia es una forma de gobierno que ha muerto. Tal vez responda aún a las necesidades de algunos pueblos del África central, alejados del resto del mundo, pero no responde a las necesidades del pueblo ruso cada día más culto, gracias a la instrucción que va siendo cada vez más general. Así es que para sostener esta forma de gobierno y la ortodoxia ligada a él, es preciso, como ahora se hace, emplear todos los medios de violencia, la vigilancia policíaca más activa y severa que antes, los suplicios, las persecuciones religiosas, la prohibición de libros y de periódicos, la deformación de la educación, y en general de toda clase de actos de perversión y crueldad. Tales han sido hasta aquí los actos de vuestro reinado (...)

León Tolstói. Carta al Zar Nicolás II. 16 de enero de 1902

En la carta que escribió durante su confinamiento en un convento de Siberia poco después de su derrocamiento, y que fue publicada por la revista "**Pacífico Magazine**" en marzo de 1918, dos meses antes de su fusilamiento, el zar Nicolás II se hizo cargo de sus propios errores y de los cometidos por sus ministros.

"Un monarca se halla completamente apartado de las relaciones con su pueblo si no las tiene por medio de los ministros en quienes deposita su confianza. Y mientras mayor sea la que deposita en ellos, menos llega a saber lo que está pasando entre sus súbditos.

Cierto es que tal monarca puede leer publicaciones, pero los periódicos de nuestra tierra rara vez expresan la opinión popular (...) Si de mí hubiese dependido, habría abdicado mi derecho al trono antes de subir a él. Si hubiese tenido suficiente talento para ganar la vida para mi familia, creo, quizá, que habría tenido suficiente fuerza de voluntad para buscarme una profesión menos desagradable (...)

Tras admitir que "en vez de ser designado rey de los Comunes me vi obligado a tomar el horrible título de "el Emperador y Autócrata" y mi nombre se hizo sinónimo de tiranía, crueldad y brutalidad, odioso para mi propia alma (...) Nicolás II disculpó al nuevo gobierno: "No me comprendieron; no les puedo culpar. Me conocían por mis ministros y éstos jamás me hicieron conocer tal cual soy".